

De Cómo se celebró en Bogotá el décimo octavo aniversario de la Batalla de Boyacá

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

En 1837, a los diez y ocho años del magno acontecimiento de la Batalla de Boyacá, cuando aún vivían muchos de los militares que habían tomado parte activa en la jornada, entre ellos varios mutilados y como actor de mayor prestancia en la victoria el General Francisco de Paula Santander, se conmemoró en Bogotá esa gloriosa efemérides en los días 6, 7 y 8 de agosto de ese año, con actos muy significativos en que participaron desde el Presidente de la República, doctor José Ignacio de Márquez, hasta el más humilde de los ciudadanos del distrito.

Creemos que el hecho histórico venía celebrándose en la capital a partir de 1820 por los coetáneos, las gentes que recibieron con vivas demostraciones de júbilo a los libertadores después de Boyacá, pero no hemos podido encontrar relación alguna de festejos anterior a la que dio cuenta de los que se realizaron en el décimo octavo aniversario de la célebre batalla.

De esta conmemoración quedó una crónica de autor anónimo publicada en el **Constitucional de Cundinamarca**, en su edición correspondiente al 13 de agosto de 1837, bajo el título de: **XVIII Aniversario de la batalla de Boyacá**. De ella tomamos algunos datos y apartes para esta reminiscencia de cómo se conmemoraban en la Bogotá de antaño los grandes días de la Patria.

Las fiestas de esta naturaleza no se celebraban, según parece, en el ámbito de la plaza principal, quizá por la circunstan-

cia de que allí se tenía el mercado y no era posible desalojar a los vivanderos para disponerla convenientemente para el objeto, sino en campo más abierto, en la “plazuela de San Victorino”, que para entonces era casi un alledaño de la ciudad. Se aprovecharon para la circunstancia, según el cronista, los tablados que habían quedado en la plazuela “desde la función del 20 de Julio”, que acababa de pasar y se había celebrado con mucha pompa. Se procedió a reajustar esos tablados y a adornarlos, lo mismo que la plaza, “con ramos de laurel alrededor de la pila, y en las divisiones del anfiteatro”. Se levantaron, además, arcos triunfales en toda la carrera por donde acostumbraba pasar la procesión de **Corpus Christi**.

Los actos principiaron el día 6 por la tarde y como por la festividad había gran concurso de pueblo que afluía de todas partes, hubo necesidad de sacar la tropa para desalojar el sitio en atención al número vistoso que iba a desarrollarse en seguida:

“Entraron a la plaza, dice el cronista, cuatro cuadrillas de caballeros, distinguidos por los colores de sus vestidos y monturas y ocupando sus respectivos lugares, teniendo al frente a los señores Francisco Valerio Barriga, Francisco Urdaneta, José Félix Merizalde y Ramón Beriñas, dieron principio las brillantes evoluciones conocidas con los nombres de devanadores, círculos alternados, molinetes, cuatro frentes, juego de las alcancías, cruz de Malta, peines dobles, grandes círculos al centro y reunión en cuadrillas. A estas figuras siguieron los juegos de las sortijas, del blanco y del estafermo, concluyendo con vistosas marchas al mismo tiempo que una vara de premio divertía al pueblo”.

Es más que seguro, que de acuerdo con la tradición santafereña en los regocijos populares, hubo, además, iluminación general, fuegos artificiales y castillos que corrían generalmente por cuenta del comercio y de los gremios de artesanos, mientras el alto mundo concurría a divertirse en un baile de gala:

“Por la noche, continúa el cronista, se dio un gran baile de disfraz en el coliseo por los individuos de las cuadrillas y algunos comerciantes y hacendados, el cual llamó la atención general por los adornos, la iluminación, la música, el gusto de los trajes, el orden y decencia. En el proscenio en donde estaba colocada la orquesta, se elevaron trofeos marciales en la base de una columna, reposando sobre una granada, llevando un sol en su parte media,

y en la superior un genio con este mote: **A la libertad**. Sobre el frente de este grupo se leía: **A la batalla de Boyacá que ha dado gloria, unión y libertad a la Nueva Granada**".

Para la conmemoración del día 7 había sido designado el Presidente doctor Márquez, con sus ministros y demás empleados. El ilustre mandatario, hombre sencillo en sus maneras, aceptó gustoso el encargo y para cumplirlo convocó al público a que montase y concurriese a solemnizar la función con flores y banderolas. Hizo, además, especial invitación a los inválidos que aún quedaban como gloriosa reliquia de la célebre jornada para que ocupasen sitio de honor en la plaza, con el objeto de tributarles un homenaje de gratitud y admiración en nombre de la república, y a las 12 del día se presentó en la plaza seguido de cerca de quinientas personas a caballo, "la mayor parte con lucidos disfraces". Después de hacer el recorrido de regla, se acercó el señor Presidente a la tribuna que ocupaban los gloriosos mutilados del Pantano de Vargas y de Boyacá y en elocuente discurso les recordó:

"los nobles sentimientos que los habían conducido al campo del honor, la heroicidad con que combatieron por defender sus derechos sagrados, y el triunfo espléndido que han debido a su valor y acendrado patriotismo, no solamente la Nueva Granada y las otras grandes secciones de la antigua Colombia, sino también las demás repúblicas americanas de nuestro continente: les dijo que debían enorgullecerse de manifestar sus cicatrices por haber defendido la más santa de las causas: no la ambición ni los caprichos de los déspotas; y que se prometía que tan honrosa conducta jamás llegaría a ser desmentida por los pechos republicanos: encomió los generosos sacrificios de estos dignos soldados de la libertad, los felicitó en su gloriosa fiesta, y ciñendo sus sienes con coronas de laurel, se retiró después de haber hecho distribuir algunas donaciones".

En este momento, el General Francisco de Paula Santander, símbolo viviente de la patria libre y soberana, expresó, dice el cronista:

"que nada era más exacto que cuanto se había expuesto por Su Excelencia: que oyendo los votos de su corazón, tributaba a la memoria de Bolívar el debido homenaje; e invitó a todos los presentes para que en el aniversario de la famosa batalla de

Boyacá, aclamasen al héroe que la había mandado, aclamación que fue correspondida con el mayor júbilo por todos los que concurrieron a esta fiesta, así en la plaza, como en los tablados”.

Para cerrar con broche de oro la conmovedora escena, después del oportuno y nobilísimo gesto del General Santander, que quedaba como reconocimiento explícito de la parte principalísima que cupo al Libertador en la dirección de la batalla clave de la independencia por nadie menos que por su más insigne colaborador en ella, se procedió a un desfile alrededor de la plaza, llevando en el centro a los inválidos, a tiempo que se arrojaba flores a las damas, como tributo a la mujer neo-granadina que compartió con el hombre los padecimientos de la magna lucha y para hacer más solemne el homenaje a esa mujer fuerte que todo lo sacrificó por la libertad de la patria. “El Presidente, dice el cronista, presentó a la señora esposa del general Santander su bandera”. Nada más significativo que este acto de presentar el pabellón nacional, manchado con sangre de héroes y agujereado en cien combates, a doña Sixta Pontón de Santander, esposa del ínclito varón a quien con esta ceremonia se tributaba el más alto homenaje de gratitud de las generaciones.

Terminadas estas demostraciones de elevado sentido patriótico, volvieron a actuar las cuadrillas que tanto gustaban al público y a continuación se ofreció una corrida de toros. Por la noche, el señor Presidente de la República dio “un baile de pequeño disfraz”, muy concurrido y de gran lucimiento.

La última parte del programa de festejos se desarrolló, según el relato del cronista, en la siguiente forma:

“El General Santander, alférez nombrado juntamente con los demás militares residentes en la capital, con un séquito numeroso, se dirigió el día 8 a San Victorino: acompañó el encierro con fuegos y distribuciones de dinero al pueblo; y auxiliado de sus amigos, logró despejar la plaza al mismo tiempo que se presentaban nuevamente las cuadrillas. Estas, situadas ventajosamente, al favor de un soberbio golpe de música, saludaron al pueblo; continuaron variadas y nuevas figuras que fueron generalmente aplaudidas. Sirviéronse refrescos a las señoritas, brindaron el Jefe del Estado, el General Santander, los jefes de las cuadrillas, los oficiales que se hallaron en la batalla de Boyacá, y otras muchas personas, con la mayor cordialidad, y en obse-

quió de tan gloriosa conmemoración, como se celebraba en este día, se entonaron himnos patrióticos antes de retirarse. Por la tarde hubo despejo y otra corrida de toros; y por la noche un baile de completo disfraz, acreedor de todo elogio, ya por el gusto y el lujo de los vestidos, y ya por el orden y la más perfecta concordia que reinó en él. El concurso no podía ser más grande ni más lucido: allí se vieron tomar en tan grato regocijo un vivo interés aun a aquellos individuos retirados después de muchos años de todas las fiestas cívicas...”.

Así, en forma que pudiera llamarse extraordinaria para aquellos días, se celebró en Bogotá el décimo octavo aniversario de la Batalla de Boyacá. A la grandiosidad de esa fiesta contribuyó, por una parte, el hecho de que quienes celebraban el fausto suceso eran los mismos actores que le dieron razón de ser, con riesgo de sus propias vidas, y por otra, que quienes presenciaban los actos recordatorios pertenecían a la generación que vio y aplaudió a las tropas vencedoras a su entrada a Santafé, después de Boyacá, testigos todos del hecho histórico de mayor trascendencia en los anales de la patria colombiana.